AÑO V — BUENOS AIRES, 22 DE NOVIEMBRE DE 1926 — N.o 250

BIBLIOTECA "F.V."

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

Elocuencia de los números

Carlos Marx, el Moisés de la vida capitalista, nos habló de un proceso de concentración de los capitales en manos cada día menos numerosas. Y ese concepto fué creído a piés juntillas por sus acólitos, que juraban sobre las palabras del "Maestro" y esperaban, al abrigo de los parlamentos o de los puestos lucrativos del estatismo y del capitalismo, que el proceso de concentración del capital se verificase para recoger luego los frutos maduros.

El ejemplo de Estados Unidos es elocuente. Si hay que esperar el proceso de la concentración del capital para alcanzar el socialismo, podemos aguardar tranquilamente sentados.

En Estados Unidos la clase de los multimillonarios va en aumento, en lugar de decrecer. Hay actualmente 74 personas en el país que tienen rentas de más de un millón de dólares anuales; tres personas, Rockefeller, Ford y otro que no recordamos, tienen al año 27.955.319 dólares de renta en total. Efectivamente ahí existe una concentración del capital. Pero en 1914 había en Estados Unidos 4.500 millonarios y en cambio hay ahora 11.000. Durante la guerra llegó a haber hasta 118.000 millonarios, lo que indica que los negocios no fueron del todo mal. Esas cifras nos revelan que la concentración marxista del capital en manos cada vez menos numerosas, no sólo no se cumple, sino que se opera el fenómeno inverso: el de la multiplicación de los privilegiados, de los millonarios. En New York solamente tienen su domicilio 2800 millonarios. ¿Dónde está la concentración del capital en pocas manos?

En cuanto al interés creciente en las masas trabajadoras por la perpetuación del régimen actual de explotación y de especulación, los Estados Unidos nos ofrecen también datos que merecen alguna consideración.

En 1914 había 11.385.374 personas que habían abierto depósito en las cajas de ahorro; en 1924 la suma de los depositantes era de 38.867. 994. Además, si en 1914 correspondían por término medio 89 dólares por depositante, en 1924 la suma se había elevado a 186 dólares. Eso indica bien evidentemente el aburguesamiento de una gran parte de la población.

Las dos terceras partes de las pólizas de seguros de vida, en Estados Unidos, según los que entienden de esas cosas, están en poder de obreros.

En las asociaciones de edificación y de socorro mutuos, el progreso es también revelador:

En 1914 había unos 3 millones de socios en esos organismos; en 1923 la cifra se había elevado a más de 7 millones de miembros. Un comentarista de esos datos recogidos por Mr. Carver, escribe: "Ello significa que los trabajadores norteamericanos se hallan en condiciones de comprar en pocos años, si así se les antoja, las acciones de las compañías de ferrocarriles, de las sociedades metalúrgicas, eléctricas, etc.".

Y eso, por exagerado que sea, responde, sin embargo, a una realidad innegable. Cada día son más los obreros y empleados de las grandes empresas que adquieren acciones de las mismas. Numerosas compañías no trabajan más que con un capital inicial insignificante; el resto de sus finanzas procede de las acciones compradas por su personal. Hay en los Estados Unidos millones y millones de obreros y empleados que o bien tienen participación en las ganancias de las compañías en que prestan servicios, o bien son poseedores de acciones. La economía del país descansa en gran parte en ese interés de las grandes masas por la prosperidad de los negocios, de cuyo éxito esperan el aumento del propio pecunio de proletarios. Y los grandes industriales prestan desde hace muchos años particular atención al fomento del interés de sus obreros en la prosperidad de la empresa, mediante las acciones, cuya adquisición es favorecida con primas y facilidades de pago. Esa política de aburguesamiento del proletariado no ha dejado de dar sus frutos. La inmensa mayoría de la población de los Estados Unidos está integrada material y espiritualmente al engranaje del sistema capitalista.

Un exponente más de las tendencias capitalistas del mundo norteamericano del trabajo está en los Bancos obreros, el primero de los cuales se fundó en 1920, disponiendo ya en 1924, todos los Bancos obreros existentes de un capital de 150 millones de dólares.

Como se vé, la concentración del capital en pocas manos es una piadosa ilusión. El capital adquiere cada día mayor número de interesados en vivir del trabajo ajeno. El ejemplo de los Estados Unidos puede observarse, aunque en menor escala, en todos los demás países.

Si no salimos del capitalismo, es probable que nuestros esfuerzos sean totalmente neutralizados por la influencia creciente del becerro de oro, que atrae a un número progresivo de individuos. ¿Es que la lucha de clases puede ser considerada existente y real? No, de un lado no está la burguesía y de otra el proletariado. El concepto marxista de la diferenciación de las clases choca con las más palpables contradicciones. Y de esa situación, también los anarquistas podemos deducir útiles enseñanzas.

Por una dirección hábil y enérgica es posible realizar aún esa anarquía que tanto asusta a las gentes. Hablamos no de la anarquía que recurre a las bombas de dinamita, sino de la que tiene por fin desleir la autoridad en libres instituciones. La actual revolución política no ha hecho desde su primeros días sino ir cercenando la autoridad para que sean de cada día más libres los individuos y los pueblos. La anarquía racional no es realmente más que la última consecuencia de los principios que informan nuestra conducta.

F. PI Y MARGALL

Sumario de este número

REDACCION:

La elocuencia de los números

Bibliografía

Contra la politiquería de los intelectuales

MAX NETTLAU

Kropotkin y Nietzsche

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

LUIS FABBRI

El arte de persuadir

D. A. DE SANTILLAN

Ensayos y experiencias

RUDOLF ROCKER

La verdadera naturaleza del Estado

JEAN GRAVE:

Les temps nouveaux

A. KARELIN

¿Qué es la anarquía?

Las "pacíficas" ligas de oriente y occidente, o quien mete miedo a quien.

MAX NETTLAU

Kropotkin y Nietzsche

(Adiciones a la carta de Kropotkin publicada en el SUPLEMENTO, núms. 211, 212 y 213)

Como en la larga carta que P. Kropotkin me dirigió en 1902 y que se encuentra traducida en el *Suplemento*, números 211, 212 y 213, el autor toca el problema del individualismo, etc., en la forma rápida, propia de las cartas que no permiten las elaboraciones metódicas y completas de las ideas, me parece justo hacia él — e interesante para el lector — transcribir notas complementarias sobre el mismo asunto que se encuentran en las cartas, escritas en ruso, de Kropotkin a Tcherkesoff. Esas cartas acaban de ser publicadas en el número 25 de la revista rusa "*Katorga i Ssylka*" ("Trabajos forzados y deportación"), Moscú, 1926 (aparecida en agosto o septiembre). Es una revista histórica, cuyo título no describe el régimen actual en Rusia: proviene del hecho que es el órgano de la *Sociedad general de los prisioneros a trabajos forzados y de los deportados* del régimen precedente: el régimen zarista.

Las cartas, en número de diez y ocho, desde 1900 a 1916, fueron publicadas y comentadas por B. Nikolajevski.—*M. Nettlau.*—9 octubre, 1926.

1 *octubre* 1902—

... Mira, te ruego, si tienes en casa los números de la "*Société Nouvelle*" (revista de Bruselas), con la traducción de "*Así habló Zaratustra*" y el "*Anticristo*" de Nietzsche. No encontré esos números, aproximadamente ocho, en mi colección. Quisiera ahora — puesto que pienso siempre en *Justicia y moralidad*, bajo la influencia del libro de Roberty sobre Nietzsche — leer la transtrocación de los valores morales (Umwertung der moralischen Werte) que ha hecho Nietzsche.

Tendría mucho gusto en terminar con la teoría del valor y esa teoría de la moralidad. En esta última quisiera mucho elaborar también el "individualismo". Parece que en la carta a Nettlau, de que te hablé, he desarrollado una idea que está en el aire. De Roberty ha escrito ya sobre ella. He dicho a Nettlau que lo que los anarquistas individualistas llaman individualismo no es de ninguna manera individualismo. Al menos no es el individualismo razonable. No asegura al individuo la amplitud de su desarrollo. Y yo he indicado un invidualismo superior, llamándole en broma *individualismus comunisticus*, el supremo desenvolvimiento del individualismo, que es posible en el ambiente comunista. Parece que de Roberty, que se aproxima bastante a nosotros y que a menudo reviste nuestras ideas de lenguaje filosófico, llega a ese mismo resultado. Los siglos de la parte anterior de la edad media, dice, no han comprendido siquiera lo que es un individuo completo, ampliamente desarrollado: el *individuo social*. Su realización está ante nosotros. *Justicia y moralidad* (renuncio por el momento a traducir esta frase rusa que transcribo: "*Justice and morality razrostas' by takim obrazom v Individu et Société ili, vernee, dopolnilas' by etoi glavoju*". Y hacen ahora...

4 *de octubre* 1902—

Muchas gracias por tu carta. Has caracterizado muy bien a Nietzsche y tú tienes, sin duda, razón.

Mi propósito helo aquí. Como he comenzado ya en la carta a Nettlau, quiero mostrar que todos los que se molestan tanto por el individualismo no han comprendido *lo que es un individuo poderosamente desarrollado*. "La bestia rubia" de Nietzsche no es otra cosa que 1. una bestia y 2. es ante todo un esclavo, esclavo de la superstición, esclavo de la religión (sin religión no tendría su poder), esclavo de las costumbres, esclavo de la propia impotencia: perece cuando se le quita algo.

Quiero mostrar que Nietzsche es el filiteo en pantuflas,q ue dice palabras *horribles* como los revolucionarios alemanes en 1848, que es el primero de los filisteos. Todos los "individualistas" son así.

Sobre eso, de Roberty dice: "no es verdad; en Nietzsche se observa ya el *individuo social*". Es posible. Era, después de todo, muy inteligente y ha visto algo. Pero el *individuo social* era para él un fruto prematuro; no ha conocido el *comunismo anarquista* y los individuos sociales: un nihilista — individuo altamente desarrollado — como Lopuchoff o Kirsanoff (en "*¿Qué hacer?*" de Tchernyschevski) no existían para él.

Para tener derecho a decir eso debo releer su "*Zaratustra*" y "*Más allá de lo bueno y de lo malo*".

Y su "*Umwertung der Werte*" no es otra cosa que una expresión feliz, por lo que penetra mucho más poéticamente y con más fuerza en Shelley, por lo que brilla abiertamente en el "*Demonio*", de Lermontoff, y se desahoga en el grito de Bazaroff (el nihilista-tipo, de "*Padres e hijos*", de Turguenief): "Hallar una sola institución que no merezca la negación más completa" y que, en fin, fué dicha con mayor determinación en nuestra negación, la negación anarquista, donde en lugar de los instintos negativos, de las suposiciones, de los sentimientos expresados por Shelley, Lermontoff, Stirner, Nietzsche, fué fundada la negación científica-*concreta* del Capital y del Estado, de la ley y de la autoridad.

Quiero demostrar el ídolo ante el cual se inclinan los Faure, los Nettlau, los Domela (Nieuwenhuis) (1), o, al menos, quiero demostrar cómo Nietzsche es brillante, fuerte en su crítica de la moralidad burguesa y principalmente de la caridad cristiana, y cuán mísero es cuando comienza a esbozar el individuo poderoso. Así se dibuja para mí ese *gutmuetiger* alemán en Herzen, que quería fusilar millones de personas — chinos — para el triunfo de la revolución.

Yo quisiera describir el tipo del individuo verdaderamente fuerte. El diablo mismo no lo llevará; no tiene necesidad del trabajo de un esclavo; no tolera la esclavitud, que le es orgánicamente *adversa*, como al nihilista ruso; incluso la *desigualdad* le es desagradable, y a causa de eso también una mujer obediente le disgusta que trate de agradar al Señor (saber agradar —esa fué la ciencia principal enseñada en los institutos)), y al camarada le disgusta que haga de humilde servidor ante la "ciencia", aunque fuese la de Karl Fedorovitsch (Carlos Marx); ocurre lo mismo para deberle un estibador de los docks, que lleva los fardos y un minero que ha perdido la figura humana, etc. He ahí lo qué es un individuo. Rockefeller y Kit Kitytch (un tipo ruso en "*¿Qué hacer?*", el cual *pasujustschic* — esto debe querer decir: "¿qué muestran alguna debilidad?" — ante el primer Lopuchoff) ¿son tal vez individuos?

Un individuo altamente desarrollado no puede existir al margen de la vida comunista. Como el eremita no puede ser altamente moral, así tampoco el individualista puede ser una individualidad altamente desarrollada. La individualidad no se desarrolla más que al encontrarse con una cantidad de hombres, sumergiéndose en la vida de todos sus prójimos y conviniéndose con ellos: sintiendo, luchando y trabajando.

Nietzsche y todos los demás dicen: Sociedad-personalidad. Y en su lucha ven el drama de la historia. Yo digo:

> Personalidad estúpida que trata de montar sobre la sociedad: que ve en la miseria del pueblo el medio de gobernar: predica la *desigualdad*.

SOCIEDAD:

> Personalidad inteligente, que trata de emancipar a la sociedad, y a ella misma, tanto del *poder* como de la *miseria*: predica la *igualdad*, la *rebelión* contra toda desigualdad (es el anarquista comunista).

Mucho mal nos ha hecho la confusión de esas dos especies de personas: Carlyle, por ejemplo, llama a Alejandro de Macedonia un *héroe* (y Nietzsche igualmente después de él), mientras que Alejandro de Macedonia no fué un héroe *más que para aquellos a quienes quería englobar en el poder fundado por él*. Para Diógenes, sin embargo, Alejandro no fué más que un *esclavo*: el esclavo de la comedia, que jugaba deseoso de mostrarse un semidiós a los imbéciles.

Pero, bastante..."

(1) Pienso que Kropotkin se engaña aquí, tanto respecto de Sebastián Faure y de Domela Nieuwenhuis, como se ha engañado ciertamente respecto a mí, que jamás tuve ni simpatía ni interés siquiera por Nietzsche, de tal modo me parece alejado de lo que me es precioso. Pero no era posible discutir sobre esto con Kropotkin, que veía rojo cuando se pronunciaba el nombre de Nietzsche, y lo mismo pasaba con el nombre de Max Stirner, el cual, visto de cerca, me parece un individualista muy social, bien diferente del individualista aristócrata que, para mi sentimiento, fué siempre Nietzsche. Los humanos modestos como estercolero para hacer crecer el súperhombre: es esa idea la que aprendí desde el principio, amplificada y glorificada por los primeros profetas de Nietzsche, y eso bastó para disgustarme de él para siempre. Con razón o sin ella, he perdido así mucho placer intelectual. Muchos otros conocieron a Nietzsche más tarde, cuando se hizo un poco el silencio sobre esas ideas muy crudas del *abono humano* para el cultivo del *hombre fuerte*. — M. N.

LUIS FABBRI

EL ARTE DE PERSUADIR

Este título tal vez es un poco demasiado pomposo para decir una cosa modesta: que el mejor modo de persuadir a los adversarios es la cordialidad, el mantenimiento de relaciones cordiales y amistosas con aquellos a quienes se quisiera convertir a las propias ideas.

Entre los más entusiastas, especialmente entre los jóvenes, hay un defecto muy propio de la primera edad, es decir de cuando las convicciones fuertemente sentidas dan al cerebro una fe ilimitada en las propias razones —, contra el cual deben estar en guardia y del cual deben tratar de corregirse nuestros compañeros anarquistas en interés de la causa que han abrazado; pues tal defecto tiende a limitar la eficacia de su propaganda y la influencia que pueden ejercer en su movimiento social.

Tal defecto consiste, no sólo en creer que se tiene razón (lo que sería natural), sino en sospechar de la buena fe de todos los adversarios, como si éstos no pudiesen estar convencidos, aunque estén equivocados, de la bondad de sus ideas. Hablo, se entiende, de los adversarios desinteresados, militantes de otras ideas y partidos, o simplemente de gentes sin ideas, entre las cuales se suele hacer la propaganda para atraerlas a nosotros; no de los enemigos declarados o adversarios que son contrarios a nuestras ideas porque son privilegiados de clase o de casta, instrumentos de rapiña o de prepotencia, con los que no es posible otra relación que la de la hostilidad.

La idea anarquista aparece, como es en efecto, tan justa a los más entusiastas, que éstos no pueden comprender que otros sostengan ideas contrarias y rechacen las nuestras creyendo en serio tener ellos razón. De aquí una especie de soberbia que aísla a los ya convencidos del resto de la juventud y los pone contra ésta, convirtiéndolos en sectarios rencorosos. De aquí la incomprensión recíproca y la tendencia a ver en todos los adversarios, estúpidos o malvados y a tratarlos mal. Y es así como se hacen enemigos de una causa de bondad y de justicia como la nuestra, muchos jóvenes que, tratados de otro modo, serían fácilmente persuadidos a aceptar las ideas.

La propaganda de las ideas libertarias e igualitarias se hace hoy sobre una vasta escala, por medio de comicios y conferencias, de organizaciones, de libros y folletos, de periódicos, etcétera... ¡donde hay libertad de hacerla, esto se subentiende! Pero sería erróneo pensar que esos sean los únicos medios de propaganda buena y eficaz. No sólo no son los únicos, sino que por sí mismos no bastan.

Un orador de palabra alada despierta las almas y abre los corazones a la comprensión de la verdad; pero si después que esta especie de arado ha cavado el surco, no acude el cultivador modesto y obscuro a esparcir en él la semilla, a cuidar las plantas, a defender los primeros brotes, el campo permanecerá estéril y producirá más cizaña que granos. De la organización muchos apreciarán la utilidad inmediata, y no se cuidarán de sus finalidades aveniristicas. Otros buscarán en el periódico la distracción de una hora, a pesar del chismorreo polémico que de tanto en tanto se resbala en él; y pasarían por alto si se encontrasen ante estudios sobre una cuestión seria. El libro o el folleto será arrojado a un lado pronto si no se hallase en él la amenidad de la novela.

¿Queremos sostener con ésto que haya que despreciar la organización, la propaganda oral y la prensa? ¡De ningún modo! Son vehículos potentísimos para las ideas, medios eficacísimos de propaganda, con los que, según la expresión bíblica, una fuerte fe puede verdaderamente conmover el mundo. Pero para conseguirlo es preciso que la fe vivifique todos estos métodos de acción y de apostolado, los llene de ella, se convierta en su animadora. Entonces sí que pueden hacer milagros.

Pero la fe se reaviva y comunica sobre todo a través del sentimiento, de corazón a corazón, a lo largo de la cadena de las más cordiales amistades, por medio de ejemplos de bondad, con la tolerancia recíproca, con la mutua confidencia y estima, con aquella fresca y alegre fraternidad que es tan bella entre los jóvenes. Así la propaganda individual se convierte en el complemento necesario de todas las demás formas de propaganda.

Por propaganda individual no entendemos la de algunos pedantillos que en el café o por la calle quieren explicaros por la fuerza, o refutaros, la teoría del valor de Marx o la ley de los salarios de Lassalle, sino del amigo prudente que trata de agudizar vuestro espíritu de observación, que o s abre os ojos a la verdad sin desborde de indigesta erudición, que os infunde en toda ocasión sentimientos de amor a los oprimidos y de rebelión contra la injusticia, de admiración por los héroes y los mártires de la libertad y de la justicia y de desprecio hacia los malvados y prepotentes.

Cuando los jóvenes salen del trabajo, de la fábrica o de la escuela, cuando se encuentran juntos en los honestos pasatiempos festivos, la forma de propaganda individual es siempre posible, incluso en las circunstancias de ambiente más adversas, y es siempre rica en resultados. Es preciso saber escoger los propios prosélitos, estudiar las tendencias y los temperamentos, hacerse amigos de los jóvenes más francos y abiertos, de los más desinteresados y buenos, de los más generosamente impulsivos y rebeldes, y saciar mano a mano con ellos su sed de cosas grandes y con la visión del porvenir anarquista, con el recuerdo de nuestros mejores pensadores, de los cuales se abrirán ante sus ojos las páginas cuando nos parezca oportuno. Los buenos resultados no faltarán.

Pero estos resultados no se tendrán si quien quiere alcanzarlos se atrinchera en medio de amigos y compañeros de trabajo como superhombre, como poseedor único de la verdad que mira a los otros de arriba a abajo y ve un tonto o un malvado en quien no le da razón y se atreve a resistirle. No respetar y no tolerar las ideas ajenas, aunque sean erróneas, es grave error que refuerza en lugar de debilitar los errores de los otros. Esto no significa que se deba transigir con el error. Cuando se tiene fe en una idea, en una verdad, no se debe transgredir, esconder, ocultar, negar siquiera la milésima parte de ella. Pero intransigencia no equivale a intolerancia.

La intransigencia, que se refiere a nosotros mismos y nos impone ser siempre fieles a nuestro deber, no tiene nada que hacer con la intolerancia ante los demás, que pretendería imponer a los otros la observancia de deberes de que no están persuadidos. Si los otros estan en un error, debemos pensar también que ellos no saben que se equivocan, y hasta creen estar en la verdad; y el ofenderles, el hacerles sospechosos de mala fe, el mostrar poca estima hacia sus convicciones no hace más que excitarles contra nosotros, haciéndoles perseverar en el error de que quisiéramos apartarles.

Nada, por tanto, hay que deplorar más que, en la discusión y en el calor de la disputa, incluso entre amigos, se nos escapen ciertas palabras hirientes y ofensivas contra ideas, partidos u hombres caros a quien deseamos convencer. Decir: eso es un "partido de carroñas" o aquellos "son todos estúpidos" o aquella teoría "es una mistificación", etc., aunque sea así y los demás lo traguen en silencio, tales palabras hieren siempre el ánimo de algunos, generalmente de los más sinceros; y éstos difícilmente se convencerán y nos escucharán de mejor gana.

Se grita mucho, hoy, contra el uso del *manganello* como medio de combatir a los adversarios políticos; y todos los subversivos italianos saben por experiencia la razón que hay en ello. Pero se debe pensar que también el ultraje, la herida a la dignidad personal, equivale a una apaleadura; y en ciertos casos hasta es peor. Si se piensa bien, cuando en nuestro espíritu, interiormente, calumniamos sin razón como malos a los que quisiéramos convencer y arrastrar con nosotros, entonces, aunque las manos estén quietas y la boca cerrada, nos ponemos, moralmente, en el mismo terreno del que pelea o del que ultraja.

Si en cambio creyésemos en la sinceridad de aquellos de quienes quisiéramos hacer nuevos compañeros, si lográsemos quererles, no sólo practicaríamos en el verdadero sentido de la palabra la solidaridad humana, sino que nuestra propaganda se volvería más ardiente y comunicativa, y lograríamos más fácilmente convencerles e inculcarles la misma fe que arde en nosotros. Si queremos persuadir a la gente, atraerla a nosotros, hacerla partícipe de nuestras luchas y nuestras esperanzas, el mejor medio para hallar el camino del corazón es ir en medio de ella con sentimientos de bondad, como si estuviese ya convencida y fuese ya nuestra, y tratarla sobre una base de igualdad fraternal.

Este será un modo de practicar desde ahora, en los límites de lo posible y donde hay tal posibilidad, la moral libertaria. La lucha de ideas conducida "con intelecto de amor", la lucha civil de hombres que oponen pensamiento a pensamiento, no sólo es la que puede ir más lejos en el camino del apostolado anarquista, sino que es la que mejor puede preparar a los individuos y al ambiente al más vasto y formidable despliegue de aquella lucha en el terreno de los hechos que se llama "revolución".

D. A. DE SANTILLAN

ENSAYOS Y EXPERIENCIAS

Colonias comunistas en los Estados Unidos

II

Robert Owen, el gran socialista inglés, impulsado por su fiebre humanitaria y por su afán de transformar el mundo, llegó también a los Estados Unidos después de una serie de notables experiencias en Inglaterra, y echó los cimientos de una comuna en el Estado de Indiana. Robert Owen pertenece a lo que se ha dado en llamar el "socialismo utópico", pero el espíritu que animaba al apóstol de New Lanark era un espíritu revolucionario y libertario. No podemos pretender que él, un iniciador, hallase ya el verdadero camino, que todavía buscamos, al menos desde el punto de vista táctico, los que continuamos la tarea de la creación de un mundo nuevo. Pero su deseo ha ido mucho más allá, infinitamente más allá que el socialismo, que iba a calificarse a sí mismo de "científico".

Owen compró a los rappistas, en 1825, la colonia Harmony, en el Estado de Indiana, cerca del río Wabasch. Abarcaba una extensión de treinta mil acres y constituía ya un verdadero pueblo, con numerosas viviendas, molinos y fábricas, terrenos cultivados, árboles frutales, etc. Con Owen fueron sabios como William Maclure, un filántropo, pero no un revolucionario, y personalidades intelectuales de grandes méritos. Owen soñaba con la multiplicación de colonias, como la instituída por él, de pueblo a pueblo, de Estado a Estado, de continente a continente, hasta abarcar el mundo entero. El campo de experimentación owenista se llamó *New Harmony*. Centenares de personas acudieron desde el primer instante al llamado entusiasta del apóstol de New Lanark. Pero no todos fueron con propósitos de trabajo y con la intención de cooperar a la realización de los ideales de Owen. La facilidad con que fueron acogidos en New Harmony elementos del temperamento y las disposiciones más contradictorias sembró desde el principio la semilla de la discordia y del disgusto. New Harmony sufrió en los dos años de su existencia siete cambios en la "constitución" o forma de gobierno interna. Había más afición a la discusión teórica que al trabajo efectivo. La religión fué uno de los principales factores o pretextos de discordia. Comenzaron pronto las escisiones, la separación de grupos disconformes y la fundación de nuevas comunas, como la *Maciuria*, la *Feiba Peven*. Owen soñaba con emplear las comunas por el estilo de New Harmony para desterrar del mundo los tres males fundamentales, según él: la propiedad privada, la religión y la institución matrimonial. Sin embargo, no fué así. New Harmony se descompuso; los miembros que habían acudido afanosos por la novedad o con el propósito de vivir más cómodamente, fueron abandonándola, hasta que por fin Owen resolvió repartir la tierra a pequeñas comunas, que no duraron mucho tiempo. La propiedad privada y la industria privada substituyeron al comunismo, y New Harmony se convirtió en un simple motivo de consideraciones para la historia del socialismo experimental.

Un grupo de cerca de cien familias, entusiasmadas con las ideas de Owen sobre la vida comunista, compraron en 1824 un vasto terreno en Yellow Springs, a sententa y cinco millas al norte de Cincinati. Un verdadero entusiasmo por el trabajo manual invadió al principio, incluso a los que jamás se habían dedicado a esas tareas, pues a ese grupo pertenecían, por lo beneral, familias acomodadas y ricas. Ninguna de ellas ha sido movida por razones económicas o materiales. Así resultó que medio año de vida comunista les bastó. Yellow Springs vino a demostrar que una revolución no puede ser fruto del capricho o de necesidades puramente intelectuales; que la edificación de una nueva sociedad tiene que tener una base económica sobre todo.

Uno de los discípulos de Robert Owen, Francisco Wright, fundó, a fines de 1825, en el Estado de Tennessee, una comuna: *Nashoba*. La colonia contaba con unos dos mil acres de tierra. Wright se proponía educar a los esclavos negros para la igualdad económica y política frente a los blancos. Con ese fin fundó la comuna Nashoba.

Wright enfermó y tuvo que ausentarse pocos meses después de iniciar su experimento. Sus sucesores no tomaron la cosa con tanta fe y abnegación, y la descomposición de la comuna, con sus escuelas para negros y para blancos, se produjo en un plazo breve. Francisco Wright continuó su propaganda por el comunismo y la emancipación de los negros y los derechos de la mujer, hasta su muerte, en el año 1852.

Se fundaron, además, en los Estados Unidos, hacia 1826, otras comunas owenistas en New York, Pensilvania, Ohio, que tuvieron una existencia efímera y se disolvieron por diversas causas.

Así como Proudhon propuso como base del nuevo orden social la *Justicia*, Charles Fourier, que nació también en Besançon, fundamentó su sistema social en el "*Orden*". Las ideas de Fourier hallaron en todo el mundo adeptos y espíritus que se dispusieron a realizarlas. Uno de sus más brillantes partidarios en los Estados Unidos fué Albert Brisbane. Por intermedio de éstos difundieron bastante las ideas fourieristas entre personalidades intelectuales de gran valor. El movimiento ideológico se pasó a las experiencias prácticas. Las falanges fourieristas surgieron por todas partes, en las más diversas proporciones. Casi siempre la exigüidad de los medios materiales hizo fracasar todos los ensayos. La falange más próspera, la *Brook Farm* de New Jersey duró doce años. La mayoría de las demás sucumbieron al año o año y medio de existencia. Brook Farm se convirtió en una especie de lugar de peregrinación. Terminó con un incendio del edificio del falansterio, originado por un descuido de los obreros desocupados en los talleres. Eso enfrió los ánimos y Brook Farm no se reconstituyó más.

En Wisconsin se fundó también una falange, dirigida de un modo estrictamente comercial. Así surgió la ciudad de Ceresco, legalmente reconocida. Estableciéronse una serie de instituciones, escuelas, talleres y su prosperidad fué en aumento. La lucha entre los partidarios del comunismo en la vivienda y la comida, y los partidarios de un régimen de vida individual, llevó a la disolución en 1850, después de seis años de existencia.

En el norte de Pensilvania se fundaron no menos de siete comunas fourieristas, desde 1842 a 1845; las más importantes fueron la asociación *Sylvania*, la colonia *Peace Union*, la *Social Reform Unity* y la falange de *Lellaysville*. Todas tuvieron una vida efímera. Otros siete experimentos fourieristas fueron hechos en el Estado de New York. En el Estado de Ohio señala un historiador de aquella época no menos de cinco falanges, la más importante de las cuales fué la de Trumbull, que duró tres años. En Michigan hubo cuatro falanges fourieristas y fueron hechos en el Estado de New York. En el Estado de Ohio señala un historiador de aquella época no menos de cinco falanges, la más importante de las cuales fué la de Trumbull, que duró treinta años. En Michigan hubo cuatro falanges fourieristas y otras en Iowa e Illinois.

Otro gran movimiento de la mitad del siglo pasado fué el cabetista o icariano. En los Estados Unidos tuvo su más amplio campo de experimentación. Su fundador, Etienne Cabet, el autor del *Viaje a Icaria*, una de las más famosas utopías socialistas, no quedó, como los socialistas de su tiempo, conforme con la simple exposición de sus ideas, sino que quiso llevarlas a la realidad. Hay en la historia contemporánea pocos o, mejor dicho, ningún caso de una acción proselitista tan rápida como la de Cabet en su tiempo. Su *Viaje a Icaria* fué publicado en 1839; hacia 1847 la cifra de sus adeptos sería de 400.000. Cuando la difusión de ese movimiento le hizo pensar en pasar a la realización de sus ideas, pensó comenzar la construcción de un paraíso terrestre, moviendo por lo menos a un millón de obreros a seguirle a América. Texas fué el lugar escogido para el gran experimento. Desde febrero de 1848 comenzó la partida de los icarianos en dirección a Texas. Del primer golpe fueron sesenta y nueve. Las enfermedades, las privaciones y la muerte fueron el lote de la mayoría de ese grupo. Cuando llegó el segundo embarque de icarianos los supervivientes resolvieron abandonar Texas y reunirse en New Orleans con los nuevos inmigrantes. Del millón de icarianos que esperaba reunir Cabet no le acompañaron en realidad más que quinientos. Ya en New Orleans se produjo una escisión y no quedaron fieles a Cabet más que doscientos ochenta. Estos se decidieron a colonizar la ciudad de *Nauvóo*, una ciudadad fundada por los mormones y abandonada después. En 1845, cuando Chicago tenía ocho mil habitantes, Nauvoo contaba quince mil. Los icarianos alquilaron unos ochocientos acres de tierra, compraron un molino y algunas casas y se pusieron al trabajo. La colonia prosperó, las fábricas y empresas se multiplicaron, publicaron periódicos y libros destinados a la propaganda de las ideas de Cabet; los miembros, en los seis o siete años siguientes, se duplicaron. El autoritarismo les perdió. Cabet fué nombrado presidente de la comuna, y con los años se volvió insoportable en sus exigencias y arbitrariedades. Por último, se le tuvo que expulsar de la comuna (1856), muriendo poco después.

Unos 180 miembros de la comuna de Nauvoo, que se fueron con Cabet cuando éste fué expulsado, fundaron en 1858 otra comuna en Cheltenham, cerca de Saint Louis, en un terreno de 28 acres. Levantaron talleres, escuelas, una imprenta, un teatro, etc. y su prosperidad material no dejó nada que desear. Pero las disidencias sobre la forma de la administración reaparecieron y dividió la colonia en dos campos. Unos querían la dictadura y los otros que se llamaron "los jóvenes", aspiraban a un régimen democrático y libertario. La minoría, 42, se separó de Cheltenham y la colonia, a pesar de los esfuerzos y sacrificios de sus adeptos, tuvo que disolverse en 1864.

Los que habían quedado en Nauvoo, dueños de la situación, después de expulsar a Cabet, se trasladaron al sur de Iowa, donde habían adquirido 3.000 acres, a 60 millas del río Missouri, un lugar completamente desierto. Esa operación fué hecha en las peores condiciones. La lucha fué durísima, el cansancio se apoderó de muchos miembros y abandonaron sus sueños de una gran Icaria. La minoría que quedó soportó todas las penalidades posibles. Su tenacidad le salvó después de muchos años, gracias a un ferrocarril que se inauguró desde Chicago a Quincy. Con la prosperidad material comenzó de nuevo una viva agitación intelectual, y con ésta las discusiones y disidencias internas. La dura lucha había vuelto conservadores a los viejos; los jóvenes, que no habían atravesado los períodos de tantas penalidades, llevaron a la comuna de Iowa nuevas ideas y nuevo espíritu. El moderno socialismo había iniciado su avance y la lucha entre los revolucionarios y los conservadores se produjo inevitablemente. Se formaron dos partidos, el de los viejos y el de los jóvenes; éstos llegaron, en su evolución, al anarquismo. La lucha intestina fué apasionada y extrema, hasta que los jóvenes se separaron en 18?8, después de provocar la liquidación de la colonia. Hubo nuevos esfuerzos, que duraron hasta 1895, pero a todos les faltó el éxito. Los icarianos desaparecieron absorbidos por los engranajes de la civilización que pretendieron un día suplantar.

Podríamos continuar todavía enumerando ensayos de colonias comunistas en los Estados Unidos; incluso referirnos a las que allí existen actualmente. Algún día lo haremos. Nos proponíamos con esta especie de catálogo abreviado, demostrar que la idea de contribuir a la renovación de la vida por medio de la colonización, no es nueva, y que los esfuerzos hechos en ese terreno para ajustar la vida al ideal social que se tiene han sido variados y dignos de ser conocidos.

Ahora procuraremos resumir nuestra opinión sobre esas colonias comunistas, que también apasionaron a los anarquistas, sin haber llegado a resultados positivos, a pesar de los ejemplos de prosperidad que podíamos mencionar.

El estudio se asemeja a la virtud moral, por ser la obra del esfuerzo; de ahí que sea él también una virtud que consiste en una assidua tensión de la mente y del espíritu. Las fuerzas mentales se vigorizan, como los músculos del cuerpo con el ejercicio; y Hércules, a quien la filosofía lo idealizaba como la virilidad civil y moral, no es solamente el modelo de un virtuoso, pero sí también el del sabio y del hombre de ciencia.

GIOBERTI
("Rinnovamento civile d'Italia").

RUDOLF ROCKER

La Verdadera Naturaleza del Estado

Algunos meses antes de la revolución de octubre de 1917, Lenin escribió su conocidísima obra *"El estado y la Revolución"*, en la que hallamos una singular mixtura de filosofía marxista, por una parte, y algo semejante a la anarquista, por otra. Lenin trata, en ella, previa una cuidadosa selección de materiales, de demostrar que Marx y Engels defendieron siempre la idea de la abolición del Estado y que sólo querían hacer uso de éste durante el período de transición de la revolución. Al mismo tiempo ataca en forma por demás aguda a Kautsky, Plechanov y los sedicentes "Oportunistas" del moderno marxismo, reprochándoles haber falsificado las enseñanzas de Marx, ocultando a los trabajadores las ideas que él y Engels profesaron con respecto a la duración de la Dictadura del Proletariado. No nos proponemos ahora someter las afirmaciones de Lenin a una crítica seria, aunque sería fácil entresacar citas de sus propias obras y de las de Marx y Engels, que probarían lo contrario de lo que dice. Los comentarios de este tenor son casi siempre de escasa importancia, ya que, en suma, no se trata de si éste o aquél dijo o escribió ésto o aquéllo en tal o cual época de su vida, sino de saber si sus principios han sido confirmados o contradichos por la experiencia que se desprende de los hechos. Todo lo demás tiene tanto valor como los sutiles comentarios de nuestros teólogos acerca de las revelaciones de San Juan.

En "El Estado y la Revolución" Lenin explica explícitamente que la diferencia entre los marxistas y los anarquistas estriba en el hecho "de que los primeros se han propuesto como norte la completa abolición del Estado, pero que esto, a su juicio, puede obtenerse solamente por medio de una revolución socialista que abolirá las clases, ya que la adopción del socialismo conduce a la muerte del Estado; mientras que los anarquistas quieren abolir el Estado del día a la noche y carecen de la comprensión necesaria para llegar a esa abolición".

Esta explicación fué motivo de que, en aquella época, Lenin y su partido fueran considerados por numerosos anarquistas como casi camaradas. Más aun: muchos llegaron a aceptar — puesto que, pensaban, el fin era el mismo — la famosa Dictadura del Proletariado, conjeturando que era imprescindible para el período de transición y que no podía, en el interés de la revolución, ser eludida. Aparentemente, no se comprendió que el gran peligro residía en el pensamiento de que durante el período de transición la Dictadura fuera una necesidad inevitable.

La historia no reconoce períodos de transición, sino, simplemente, formas primitivas y elevadas de desarrollo. Todo nuevo orden de sociedad es, en sus formas originales de expresión, naturalmente primitiva y defectuosa. No obstante, el esquema de su futuro desenvolvimiento y todas las posibilidades del desarrollo que pronto se manifestarán, deben estar contenidas ya en sus instituciones reformadas, así como el animal entero, o la planta entera, existe ya en el embrión. Todo intento de incorporar a un nuevo orden de cosas los ingredientes fundamentales de una sociedad vieja, decadente, ha dado por resultado o frustrar desde el principio el desarrollo del nuevo ser o, enredados los tiernos gérmenes de éste en las rígidas formas de la sociedad vieja, detener su desenvolvimiento natural y, gradualmente, morir.

Para afirmar que el Estado será necesario hasta que las clases hayan sido abolidas es menester echar mano de una lógica bastante rara. ¡Como si el Estado no hubiera sido siempre el creador de nuevas clases privilegiadas y no hubiese incorporado, en la verdadera esencia de su ser, la perpetuación de las distinciones de clase! Esta irrefutable verdad, que la historia ha confirmado una y otra vez, resalta de tal manera en el experimento bolchevista en Rusia, que es menester sufrir de ceguera incurable para no ver la enorme importancia de esta última enseñanza.

Bajo la Dictadura del Proletariado se ha desarrollado en la Rusia de hoy día una nueva clase dirigente: la Aristocracia de los Comisarios, y las masas la consideran tan opresora como lo fueran los administradores del viejo régimen. Esta nueva clase desenvuelve su vida parásita en forma similar a la de sus predecesores. Monopoliza las mejores residencias y se rodea de toda clase de cuidados, mientras las masas sufren por la carencia de todo. De modo, pues, que la nueva clase tiene, en medida excesivamente absurda, los hábitos tiránicos de los que antes detentaban el poder, y pesa sobre el país cual una pesadilla. Una nueva y característica palabra ha sentado sus reales en el habla común del pueblo: *burgués soviético*. Esta expresión, hoy día común en los círculos obreros, muestra clara y distintamente el sentir del pueblo para con la nueva casta dirigente que gobierna ahora en su nombre.

Teniendo en cuenta estos hechos inhumanos, las declaraciones de Lenin de que el Estado debe continuar existiendo hasta que hayan sido abolidas las clases, se nos antojan una broma demasiado pesada. No, la realidad es enteramente otra. Todo el mecanismo de poder del Estado sirve, sencillamente, para crear nuevos privilegios y defender los viejos. Esta es su verdadera esencia, todo el substractum de su ser, por más que hable demasiado, por una parte, de los derechos civiles o inscriba en el frontispicio las palabras "Dictadura del Proletariado", por otra. No se le puede pedir peras al olmo, como tampoco es dable tomar un arma que sirve para el mantenimiento de una clase dirigente para transformarla en un arma capaz de liberar al pueblo.

En su brillante ensayo sobre "El Estado Moderno", Kropotkin hace las siguientes profundas observaciones:

"Pedir a una institución que representa un desenvolvimiento histórico que ella misma destruya los privilegios que hubo de desarrollar, es reconocerse incapaz de comprender lo que en la vida de las sociedades representa un desenvolvimiento histórico. Es desconocer esta regla general de la naturaleza orgánica: las nuevas funciones exigen nuevos órganos elaborados por ellas mismas."

Estas palabras encierran una de las verdades más profundas de la vida, y constituyen también una de las más graves deformidades que padece la cultura de nuestra época.

Las instituciones ocupan el mismo lugar, en la sociedad, que los órganos en el cuerpo de un animal o de una planta. Son los órganos del cuerpo social. Estos no se desarrollan arbitrariamente, sino adaptándose a las condiciones del medio en que viven. Los ojos de un pez de mar profunda son de conformación muy diferente a los de un animal terrestre, debido precisamente a los diversos ambientes en que les tocó desarrollarse. La alteración de las condiciones de vida produce la alteración de los órganos. Pero un órgano llena siempre una determinada función, y cuando el organismo no requiere ya la actividad de esa función el órgano muere gradualmente y se vuelve rudimentario. Un órgano no desarrolla nunca una función ajena a su ser esencial.

Así acaece con las instituciones sociales. Ellas tampoco vienen a la vida en forma arbitraria, sino que aparecen respondiendo a necesidades sociales definidas y se proyectan hacia fines determinados. Fué de esta manera cómo se desarrolló el Estado Moderno, después que la división en clases y la monopolización de la industria había alcanzado un estado elevado. La nueva clase posesora necesitaba un instrumento de poder que mantuviera sus privilegios industriales y sociales y contuviese a las masas trabajadoras. *El Estado Moderno vino a la vida y se desarrolló, esencialmente, como el órgano de las clases privilegiadas para reprimir y mantener supeditadas a las masas.*

Esta es la tarea que constituye la esencia de su ser; la *causa causarum* de su existencia. El Estado ha permanecido siempre fiel a esta tarea, y debe permanecer fiel, pues no puede desprenderse de lo que es su verdadera naturaleza. Sus formas se han modificado en el curso de la evolución social, pero su tarea ha sido siempre la misma. En efecto, ha ido ensanchando continuamente sus actividades en la proporción en que supeditaba a su poder nuevas ramas de la vida social. Ora se llame a sí mismo República o Monarquía, ora se organice sobre la base de una Constitución o sobre la de una Autocracia, su misión histórica permanece inmutable.

Así como no es posible que un hombre pueda alterar arbitrariamente las funciones de un órgano en el cuerpo de un animal o de una planta, o ver con sus oídos u oír con sus ojos porque así lo quiera, así también es imposible convertir el mismo instrumento que sirve para la opresión en libertador de los oprimidos. El Estado sólo puede ser lo que es: un defensor del privilegio y de la explotación de las masas, el creador de nuevas clases y de nuevos monopolios. El que no reconoce que este es el rol del Estado no entiende miaja de las realidades de nuestro orden social y es incapaz de señalar al género humano los nuevos horizontes de su evolución.

Cuando los bolcheviquis introdujeron en Rusia la Dictadura del Proletariado no se limitaron a abolir el aparato estatal de la vieja sociedad. Le equiparon con poderes tan absolutos como ningún otro gobierno puede exhibirlos. A él está supeditado todo amago de vida pública, y, desde luego, a él subordinaron toda la organización de la industria. Inhumanamente suprimieron todo lo que constituyera un obstáculo en su camino y despojaron a las masas de todo derecho de expresar sus pensamientos y sus sentimientos, creando la burocracia más formidable que el mundo haya visto. Las celebradas palabras del jacobino francés Saint Just, de que la tarea de los legisladores consiste en regir la conciencia privada y enseñar al ciudadano a pensar en la misma forma que el Estado nunca ha sido impuesta en tal escala y de manera tan realista como en Rusia, bajo la sedicente Dictadura del Proletariado, que en todo momento no ha sido otra cosa que una Dictadura *sobre* el Proletariado y, por antonomasia, sobre el pueblo.

En su difundida obra "Democracia burguesa y Dictadura proletaria" Lenin ha intentado justificar la supresión de la libertad de reunión en Rusia, refiriéndose a las grandes revoluciones que se produjeron en Inglaterra y Francia, donde no se les permitió a los elementos monárquicos reunirse en público y expresar sus puntos de vista. Pero este argumento es, simplemente, una ocultación sofística de los hechos actuales. En Inglaterra y Francia las jóvenes repúblicas llevaban una lucha de vida o muerte contra sus adversarios monárquicos. Mientras sólo se trató de la defensa más elemental, de ser o no ser, la conducta de los revolucionarios no solamente se comprende, sino que se justifica moralmente. No obstante, cuando, más tarde, bajo la Dictadura de Cromwell y Robespierre, surgió la fuerza bruta para cristalizarse en un sistema, obró como lo ha hecho cualquier otra tiranía con sus correspondientes consecuencias. En Rusia, por otra parte, los suprimidos no fueron solamente los acólitos del viejo régimen, sino también todas aquellas tendencias socialistas y revolucionarias que contribuyeron a derrocar a la Autocracia y arriesgaron su sangre y sus vidas oponiéndose a las tentativas contrarrevolucionarias. He aquí la gran distinción, pero Lenin, naturalmente, la silenció.

Cuando Lenin, más tarde, declara que la sedicente libertad de prensa en los países democráticos es sólo una ficción mientras los mejores establecimientos de imprenta y los grandes depósitos de papel estén en manos de los capitalistas, esquiva los hechos. En la Rusia del Soviet las condiciones impuestas a la prensa socialista y revolucionaria son mil veces peores de lo que lo son en cualquier país capitalista. En otros países los capitalistas disponen de los mejores establecimientos y de los más grandes depósitos de papel, como Lenin observa muy bien; pero en Rusia, tanto las imprentas como el papel se hallan bajo el contralor del Estado, y éste está, por lo tanto, en condiciones de suprimir toda opinión que le desagrade. ¡A este punto ha llegado! En los países capitalistas la libre emisión de opiniones por medio de la palabra o del escrito está muy circunscripta, pero en Rusia, bajo la tan decantada Dictadura del Proletariado, no existe en absoluto.

¿Cuál es la consecuencia de todo esto? Una completa bancarrota por parte de la Dictadura del Proletariado, para preparar el camino a un nuevo sistema industrial y a una realización práctica del socialismo: una capitulación, sin esperanzas de reacción, al verdadero capitalismo que, dice, pretende ansiosamente destruir.

BIBLIOGRAFIA

Pierre Ramus. — "Die Irrelehre des Marxismus im Bereich des Sozialismus und Proletariats". — Las heregías del marxismo en el dominio del socialismo y del proletariado)— Edición revisada y ampliada. Ed. R. Loewit, Viena y Leipzig, 1927. Un volumen de 208 págs. 8.o mayor. Precio 4 marcos; encuad. cartoné 5; en tela, 6.

Hablaremos de esta obra en alguno de los próximos números. Los interesados pueden adquirirla por nuestro intermedio. Es el primer tomo de una serie titulada "Libros de la libertad", editada por Theodor Brun.

Pierre Ramus. — "Der Mord — Prozess Franziska Pruscha. Gegen Justizbarbarei und Staat" (El proceso criminal Francizka Pruscha. Contra la barbarie judicial y el Estado,. 30 páginas, Viena 1926.

Se trata de un discurso del camarada Pierre Ramus sobre un caso de barbarie judicial que tuvo cierta resonancia en Austria. Puede adquirirse por intermedio de *Erkenntnis und Befreiung*, Wien-Klosterneuburg.

P. Kropotkin. — "El orden y nuestro desorden". 44 páginas. Ed. Más Allá, Valparaiso (Chile), 1926. Precio: 0.40 centavos chilenos.

Son varios artículos del libro "Palabras de un rebelde".

Patrocinio Fuentes Pérez. *Sembrando iras*, versos rebeldes. 32 págs. Ed. "La Palestra", Buenos Aires, 1926.

La Voix du Travail, Bulletin Mensuel de l'Association International des Travailleurs. París (Red. P. Besnard, 22 rue Popincourt, París, XI). Se comenzó a publicar en agosto del año corriente. Recibimos los cuatro primeros números, de 16 páginas cada uno.

...A dor humana, órgano del Sindicato de Oficios Varios. N.° 1, 1.° de noviembre de 1926, Uruguayana (Estado de Río Grande do Sul), Brasil.

Defilippis Novoa. — "El alma del hombre honrado". Drama irreal en cuatro actos y tres cuadros. 70 págs. Ed. La Palestra, Buenos Aires, 1926. Precio: 0 30. Se vende en nuestra librería.

Se ha publicado en folleto la obra de Defilippis Novoa, "El alma del hombre honrado", estrenada en agosto del año en curso, con un éxito magnífico. El autor es, sin duda, uno de los mejores dramaturgos actuales en el país. Aparte de sus méritos artísticos, "El alma del hombre honrado" es una hermosa sátira contra la sociedad actual, donde alienta un anhelo revolucionario. El teatro social se ha enriquecido con una producción que sobrevivirá ciertamente.

***

Contra la politiquería de los intelectuales

Debieran los valores científicos y artísticos de un pueblo marchar a la vanguardia de los movimientos progresivos, sin pasiones bastardas ni apetitos que que degradan y envilecen. *Debieran* marchar a la vanguardia, llevar en alto la antorcha de la idea, guiados por el amor a la verdad y a la belleza, sin compromisos ni claudicaciones, pero no marchan. Si un día los escritores y artistas ocupaban en la corte de los poderosos un puesto de esclavos serviles, hoy lo hacen en la órbita de cualquier aventurero político con suerte, cuando no van más allá y aspiran a ser amos, a convertirse en politicantes. Los trabajadores hace tiempo que se han emancipado de la fe y la confianza en los intelectuales. Mil veces han sido engañados y, sobre todo, nada podrían aprender de quienes ningún valor moral representan. La emancipación del proletariado ha de ser mucho más fruto de sentimientos de justicia y de la exaltación de nobles pasiones de independencia y de rebelión, que de la ciencia o el arte que se han adaptado hasta un extremo desconsolador a servir los intereses de los que mandan o de los que aspiran a mandar.

En este país se fundó hace poco un partido político de "gentes de teatro". Ese partido se presentó con candidatos propios en las elecciones comunales de ayer. Semejante envilecimiento no merece comentario de nuestra parte. Pero nos complacemos en transcribir algunos párrafos de una protesta contra esa bufonada indigna, firmada por el grupo editor de un periódico de crítica y arte titulado "Teatro", que aparece en esta ciudad. Dice así la referida protesta:

"Pero jamás creímos que esa asociación (de Autores Nacionales) vendría a la postre a descender a tan bajo nivel moral, como lo ha hecho en los presentes momentos.

Llegar hasta la baja política a que ha llegado; declarar el ridículo de querer introducirse en los asuntos de barrido y limpieza, tráfico y otras zarandajas de la Municipalidad, es cuestión que no interesa a los hombres que una vez tuvieron siquiera el pensamiento de dar obras al teatro.

El arte está reñido con todo ese barullo de segundo orden a que están sometidas las necesidades diarias, tan vulgares y tan ajenas a la espiritualidad, y no se concibe que aquellos que hicieron profesión de fe artística, pretendan introducirse en los manejos de la política comunal.

La alegación que se hace "de que ello obedece a que haya en el Concejo Deliberante hombres del gremio que defiendan los intereses teatrales", es una pobre evasiva para engatusar incautos. En los manejos políticos a que se pretende llevar a las gentes de teatro, se ve una segunda intención, que por lo inconfesable merece el mayor de los desprecios.

Véase quiénes han sido los iniciadores de ese juego político a que se quiere someter a la familia teatral y tendremos explicado los propósitos.

Su condición de exhaustos los induce a buscar en otro medio los míseros centavos que va negándoles su capacidad artística, y entronizados entre una mayoría docilizada por vayase a saber qué composición moral extraña al común de los mortales, se aprovechan de ella y buscan acomodarse con unos puestos que les rente lo que por su medio habitual no pueden conseguir, amén de que esa representación en el municipio puede prestarse a grandes beneficios porque hay numerosos ejemplos, según voz popular.

La gente de teatro no tiene nada que hacer en la política. Quede ella para los caudillos, para los parásitos que pueden cambiar de opinión según convenga a los intereses en juego; pero en el ambiente artístico, hablar de política es sinónimo de bellaquería, de incapacidad, de hambres enormes, que para saciarlas se recurre a toda inconveniencia.

Nuestro teatro no puede aceptar esa ofensa que tratan de inferirle elementos de baja moral artística. Los progenitores y sus secuaces merecen la inhibición total de su ingerencia en los asuntos teatrales".

Hacen bien los autores de esta protesta en gritar contra la degeneración del teatro y contra la intervención de los artistas en los asuntos de la sucia politiquería. Sin embargo, ¿qué es el Municipio, qué es el parlamento, sino un teatro, un teatro de marionetas donde se representan farsas y entremeses de la peor especie, a costa de los que trabajan y producen?

JEAN GRAVE.

LES TEMPS NOUVEAUX

Al día siguiente de mi llegada a París fui a visitar a Stock. Quería proponerle mi volumen sobre el ejército, cuyo borrador había escrito en Sta. Pelagia y terminado en Clairveaux. Había elegido como título *Bajo el uniforme*, pero un literato nebuloso lo reclamó como suyo. Fué Stock el que lo titutó *La Gran Familia*.

Para ir a su casa iba a tomar el tranvía "Jardin des Plantes-Villette", que pasaba por Palais Royal. Hacía unos minutos que me había sentado esperando la partida cuando pasó un tipo que al verme exclamó: "¡Toma! ¡Es usted! ¡Cómo le va!" y me tendió la mano que yo estreché haciendo signo, al mismo tiempo, que no lo conocía.

—¡Ah! Soy yo... ¡Acuérdese... calle Monge!...

—¡Ah! ¡Vaya si le conocía! Era uno de los espías que me habían arrestado. Pero, desdichadamente, ya le había dado la mano. En seguida arrancó el tranvía cortando todo conato de conversación.

Al salir de lo de Stock tomé el vehículo de la misma línea, para regresar. Acababa apenas de dejar la estación, cerca de Stock, cuando un señor, abrigado con un hermoso sobretodo adornado con pieles, subió al tranvía y vino a sentarse al lado mío, cerca de la plataforma.

—Juraría que es Bulot, me dije para mi coleto, tratando de verle la cara al quidam que, sentado al sesgo, me daba la espalda, no apartando los ojos de la calle. Eso me contrariaba. Quería asegurarme. Le di, delicadamente, un codazo en la cintura. El hombre se levantó de un salto, abandonó el vehículo en marcha y echó a correr como si le hubieran aplicado fuego en el... Bulot.

Era, sin duda alguna, mi hombre, pues no se toma el tranvía para viajar veinte metros. Debutaba bien en mi primera salida.

Poco tiempo después vino Math a recogerme para ir a ver a Fortuné Henry, en Brevannes.

—Hay dos espías que me escoltan, me dijo, no estaría demás darles una zurrada. Me fastidian.

—Bueno, dije, vamos a caminar como si no supiéramos nada. Cuando te diga que corras tomarás las de Villadiego a toda velocidad y cuida de no entorpecer mi carrera.

Los Benoit, que miraban por sus ventanas, les vieron reaparecer "avergonzados y confusos" después de haber tratado, por todos los medios, de atraparnos.

* * *

Antes de entregarme otra vez al trabajo, creí de mi deber—era lo menos que podía hacer — ir a dar las gracias a los que, entre los escritores, me habían defendido.

Bauer estaba ausente. De los otros sólo recuerdo a Drumont, de la *Libre-Parole*.

De nuestra conversación únicamente recuerdo el tono de guasa en que, guiñando los ojos, me dijo: "Eso no impide que podamos vanagloriarnos, cada cual por su lado, de fastidiar a no poca gente".

Yo me preguntaba a mi mismo si Drumont estaba bien convencido de su antisemitismo. No por lo que decía, sino por el tono y el gesto, pues nunca han sido santos de mi devoción los que pontifican sobre todo hablando de sí mismos.

Lo primero que se imponía era reanudar las relaciones con los camaradas.

Durante mi cautiverio había llegado una letra de cambio por 300 francos enviada por Sadier, de Buenos Aires.

Un repetidor del Liceo había colaborado, bajo el nombre de Charles-Albert, sus nombres de pila, en el Suplemento. El también había sido importunado y tuvo que abandonar la enseñanza. Estaba en Lyon y trabajaba en calidad de corrector de imprenta. Recogió, por su parte, algunos centenares de francos. Yo llegué, si mal no recuerdo, a reunir alrededor de 800 francos.

Por supuesto, había escrito a Reclús y a Kropotkin para saber si podía contar con su concurso.

Reclús me respondió que los tiempos habían cambiado, que tal vez tuviera otras intenciones.

—No veo cambio alguno, le escribí. Somos ahora 15 meses más viejos, eso es todo.

Me escribió para que fuera a verlo a Bruselas. Saqué un boleto de ida y vuelta, valedero por cinco días y me trasladé allá. Reclús me dijo: ¿Se ha entendido Vd. con Pedro?

—Le he escrito como a Vd. Por supuesto, puedo contar con él.

—Esto no es suficiente. Puede darle excelentes consejos. Es necesario verle.

Si todo se reduce a eso, mañana me embarco para Londres.

Como Reclús no tenía lecho disponible, me llevó a un hotel. Al día siguiente me condujo a la estación. Llegado a Ostende, me embarqué para Londres donde tomé un taxi para que me condujera a la casa de Kropotkin. Resolvimos rápidamente los asuntos que me llevaron allí. Kropotkin estaba encantado de que reapareciera el periódico. Podía contar absolutamente con él. Enviaría tantos artículos como fueran necesarios.

Como mi boleto sólo servía para cinco días y mi faltriquera no estaba bastante repleta como para arriesgar la pérdida de ese beneficio, volví a partir al día siguiente para Bruselas.

Reclús no podía, en ese entonces, pasarnos la subvención mensual de cien francos que nos había proporcionado hasta el fin de la *Révolte*, pero prometió ayudarnos en la medida de lo posible.

Su hermano, Elías, que cenó con nosotros, me dijo del suspiro de alivio que exhalaron cuando les llegó la noticia de las absoluciones en el proceso de los treinta. Me confirmó lo que me había dicho Bernard Lazare. Vale decir que, si hubiésemos sido condenados, el gobierno prepararía otras detenciones. En cuanto a nosotros habríamos sido enviados, probablemente, al lugar más malsano de Gabon, en Africa. ¡Los republicanos recordaban a Sinnamarie!

De regreso en París, me puse a buscar una imprenta e hice imprimir un llamado con lista de suscripciones a beneficio de *Les Temps Nouveaux*. Este título fué elegido a insinuación de Reclús.

Muchos literatos anunciaron la aparición del nuevo periódico.

Al efectuar la declaración del depósito del título, no habiendo conseguido aún imprenta, había dado el nombre de Allemane, lo que le valió una interview. En lo que a mí se refiere, recibí la visita de una tal Cecilia Ranooz, una feminista, que venía a reclamar la prioridad del título *Les Temps Nouveaux*, cuyo depósito ya había hecho.

Le prometí reflexionar sobre eso. Era muy desagradable cambiar de título después de haber sido tan bien anunciado. Por lo demás, el título nos pertenecía desde mucho antes que a Mme. Ranooz. Era el título de un folleto de Kropotkin publicado en el 89. Fui a informarme a la oficina de depósitos donde me dijeron que Mme. Ranooz había depositado su título hacía más de un año y que el periódico no había aparecido. Esto me decidió a guardar el título que habíamos elegido.

* * *

Terminé por encontrar, al fin, un impresor, M. Noizette, Rue Campagne-Première. Pero, a partir del segundo número, el hombre me advirtió que el hecho de imprimir nuestro periódico era susceptible de hacerle perder antiguos clientes que, por otra parte, ya habían protestado y que me quedaría muy reconocido si pudiera conseguir la impresión en otra parte. Por lo demás, tuvo la gentileza de no apuurarme y de darme todo el tiempo necesario para buscar. Pero, evidentemente, cuanto más rápido encontrara otra imprenta tanto más satisfecho quedaría. Obtuve la casa Blot, donde nos quedamos hasta 1906.

Mientras me ocupaba en regularizar la aparición del periódico recibí del conserje, un día que me dirigía a la imprenta para llevar los originales de unas circulares, una carta concebida, más o menos, en estos términos: — he olvidado los términos exactos — "Mme. Dembourg desearía verle. Está convencida que, de esta entrevista, resultará un gran beneficio para la propaganda de las ideas que Vd. defiende".

Sin esperar una "enorme suma", me pareció entrever, en la redacción de la carta, la donación de algunos billetes de mil. Para no perder tiempo, sin detenerme a reflexionar y, también, para no volver a subir a mi quinto piso, me fuí en seguida al correo, pedí una carta postal — lo que, según parece, no condice con las reglas de la cortesía — y respondí a la dama que estaba a su disposición, fijándole las horas en que podía encontrarme. Ella no había mencionado para nada que era yo el que tenía que ir a verla.

Quedé desencantado cuando, a vuelta de correo, recibí la siguiente "cartita" que reconstruyo de memoria:

Señor,

Mme. Dembourg es una persona de edad y digna de estimación; merece, por tanto, más consideración. Por otra parte, le es casi imposible viajar. No es ella,

pues, la que irá a verle, sino Vd. el que debe ir a visitarle.

Seguían frases de un tono protector que he olvidado, pero que me pusieron los nervios de punta. La carta, evidentemente, era de un — lo más probable es que fuera de una — secretario; pero Mme. Dembourg debía haber aprobado el texto. Respondí inmediatamente:

"Forzosamente debo comportarme así, puesto que no sé si es un hombre, una mujer o quién diablos el que me escribe.

"Si en su primera carta Vd. me hubiera advertido que Mme. Dembourg esperaba mi visita yo habría ido a verla de buena gana. Pero ante el tono protector de su misiva es inútil que me espere. No he pedido nada a Mme. Dembourg. Nada tengo que decirle".

Una semana o dos más tarde, Rochefort anunciaba, con bombos y platillos, desde *L'Intransigeant* que había sido llamado por Mme. Dembourg, una excelente y encantadora anciana, llena de simpatía por él. Había vuelto cargado con una valija — le entregaron la cantidad en moneda menuda — conteniendo cien mil francos que ella donaba para que él la empleara en una buena obra que dejaba a su elección.

En esa época los vidrieros de Carmaux se declararon una vez más en huelga acorralados por los maltratos de sus empleadores. Rochefort decidió que los cien mil francos fueran enviados a los huelguistas para establecer una fábrica de vidrios de la que serían los dueños. Este fué el origen de la Fábrica de Vidrios Obrera y la causa de que se tejieran tantos comentarios a su respecto.

Robin, con quien me entrevisté al poco tiempo, y a quien narré mi desdichada aventura con Mme. Dembourg me dijo que él también había sido llamado por ella, pero que no se pudieron entender por su carácter áspero.

En lo que se refiere a caracteres ásperos, el de Robin no era de los mejores. Era bastante quisquilloso. Más tarde, no recuerdo a propósito de qué — del neomaltusianismo, sin duda — disputé, a mi vez, con él. Nuestras relaciones cesaron después de cruzar algunas cartas más o menos agridulces. Más agrias que dulces.

De ahí que no me quedara poco asombrado cuando un día, al abrir mi correspondencia, encontré una carta suya en la que me decía que, sintiéndose viejo quería encontrar a alguien más joven que le reemplazara. Que si quería ir a verle, hablaríamos y podría proporcionar me documentos. Por más extraño que me pareciera no se me ocurrió la idea de volver a tomar el sobre para asegurarme que la carta era realmente para mí.

Le respondí, pues, que iría a verle. Pero en seguida recibí una respuesta. No quería, en modo alguno, verme. No podía comprender que después de nuestra disputa yo me atreviera a escribirle. Que su carta estaba dirigida a uno de mis colaboradores, Charles-Albert.

Contesté a Robin que, no habiendo prestado atención a la parte inferior del sobre y creyendo que la carta me estaba dirigida, no había dejado de sorprenderme su contenido, pero que no se me había ocurrido la idea de que estaba dirigida a otro. Inferí que había llegado a practicar el perdón de las injurias... que podía haber formulado contra los otros.

Volviendo a Mme. Dembourg, el relato de Robin me confirmó que, después de todo, no había perdido gran cosa al no ir a verla. Le debía gustar ser tratada con "mucha" consideración. Había muchas probabilidades de que no nos entendiéramos.

* * *

Fuí también a visitar a Saint-Auban para darle las gracias. Me dijo que un tal Michelot, deseando verme, se había dirigido a él para que le pusiera en relaciones conmigo. Quería hacerme una proposición.

Se trataba de crear un periódico cuya dirección se me confiaría abonándoseme 500 francos por mes. Se contaba con la colaboración de Kropotkin, Reclús, Severine y otros que yo debía ver con ese objeto.

Ya no recuerdo en qué me basaba, pero me pareció que ese señor Michelot era un agente realista. Sin embargo, es-

to no bastaba. Escribí a Kropotkin participándole mis sospechas. Como yo, Kropotkin creyó que era necesario que el mismo tipo descubriera la hilacha.

Y cuando volví a ver a Michelot le dije que Kropotkin aceptaba formar parte del periódico, pero a condición de que nosotros fuéramos dueños de la redacción. El, como socio capitalista, se haría cargo únicamente de la administración. Mi hombre aceptó la combinación, pero se escurrió poco a poco no tomándose siquiera el trabajo de responder a mis últimas cartas.

Visité también a Paul Adam. Me había escrito para asegurarme su colaboración en *Les Temps Nouveaux*, prometiendo, por otra parte, recoger, por lo menos, un millar de francos en su círculo de actividades. Me dió cita en un café cercano a la Opera.

En la última entrevista que tuvimos "dió a luz" la siguiente proposición: estaba en relaciones con un joven marsellés, llamado Parsons, que publicaba en Marsella un periódico parecido al Suplemento de *La Révolte*. ¡No tenía más que escribirle para que Parsons me cediera sin duda su periódico!

Quedé estupefacto ante esta proposición. —No hay razón para que Parsons me ceda su periódico, observé tímidamente. Por lo demás, era un periódico nuestro el que yo quería crear y no continuar el de Parsons.

Esto fué todo lo que se le ocurrió a P. Adam para contribuir a la aparición de *Les Temps Nouveaux*. En cuanto a su colaboración fué tan vana como las otras.

Fué él el que más tarde inventó esa idea original de "regenerar la prisión por el ejército", regimentando a los condenados.

Hablando de esto último con Descaves, este me sugirió que lo comentara cambiando los términos en esta forma: "Regeneración del ejército por la cárcel".

Paul Adam, ofendido, me escribió denuestos terminaron con esta discusión, rendiendo su proyecto, pero nuestras re-

* * *

Por otra parte, Paúl Adám no fué el único en prometerme su colaboración. He aquí la lista de los colaboradores que copió del primer número. Todos habían prometido formalmente, excepto Nadar, que me escribió insistiendo en que le inscribiera como colaborador, para manifestarnos su simpatía, pero que era casi imposible que dispusiera de tiempo para enviarnos algo.

P. Adam, J. Ajalbert, Barricaud, L. Descaves, Eockhoud, A. Hamón, A. Herold, Theodore, Jean, Bernard Lazare, G. Lecomte, O. Mirbeau, F. Nadar, A. Retté, Marc Stephane.

Th. Jean mantuvo su palabra. Durante cierto tiempo nos envió poesías que fueron publicadas en el Suplemento. Hamón envió también algunos artículos. En cuanto a Descaves, fué muchos años después de la aparición del periódico cuando nos envió, durante algún tiempo, una serie de artículos.

Varias veces escribí a uno por uno para recordarles su promesa de colaboración, pero inútilmente. Estaban, quiero creerlo, teóricamente animados de una gran voluntad por el periódico pero, prácticamente, dejaban mucho que desear.

Es indudable que, prescindiendo del aviso que algunos dieron en el diario en que escribían, el anuncio de su colaboración contribuyó al éxito con que comenzara su vida el nuevo periódico. El tiraje del primer número alcanzó a 18.000 ejemplares. Pero lo que fué causa de éxito influyó también en sentido negativo en cuanto se notó que las colaboraciones prometidas brillaban por su ausencia.

La baja se realizó insensiblemente. En suma, volvimos a nuestro tiraje de 8.000 ejemplares. (1)

Ninguno trató de justificar su abstención. Es decir supe la de Bernard Lazare. Girard le encontró un día en lo de Stock y al preguntarle por qué no había enviado aún alguno de sus artículos: "Es necesario que mis artículos se paguen", — contestó.

Si no hubiera sido Girard el que me trajo esa nueva no la habría creído. Pero Girard no era hombre de chismes.

Viviendo los literatos de su pluma, comprendo que no puedan proporcionar artículos a todo el que se los pida. Pero, en este caso, que no prometían.

Por otra parte, alardeando de independientes, no siéndoles siempre posible escribir todo lo que podrían decir ahí donde les pagan, creí que les placería encontrar un periódico en el que hubieran podido manifestar, de tiempo en tiempo, la parte más medular de su pensamiento.

Debo reconocer que, cuando me decidí, más tarde, a publicar dibujos en el periódico, los artistas fueron más generosos y no se hicieron rogar como niñas bonitas.

No obstante, entre los literatos, los hubo generosos. He citado a Richepin. Hojeando algunas de las cartas que se me dirigieron encuentro a una de Stuart-Merril, que había olvidado enteramente.

La transcribo a continuación. Las otras versan sobre el mismo asunto. Es menester creer que Stuart-Merril me había autorizado a dirigirme a él en caso de necesidad.

Langrune-sur-Mer, Octubre, 96.

Mi querido Grave,

De vuelta de un corto viaje encuentro su carta que me apresuro a responder mandándole todo lo que tengo encima, vale decir 75 francos. Le ruego que me excuse por no haber enviado fondos desde mi primer envío. Pero una serie de acontecimientos imprevistos me han dejado sin el dinero superfluo de que puedo disponer. Crea, no obstante, en mi adhesión y no vacilé jamás en hacer un llamado a mi buena voluntad. Haré siempre todo lo que me sea posible por *"Les Temps Nouveaux"* el que, pese a que no siempre soy de su parecer, es de una gran importancia revolucionaria.

¿No podría Vd., formar un grupo reducido que se comprometiera a cotizar cada uno según sus medios, un tanto por mes? Vd. tendría así una suma segura y podría entretener al impresor.

Sea lo que fuere, estoy a su disposición para hacer insertar un llamado de su parte en el "Hermitage" y, sin duda, en el "Mercure", sin atreverme a esperar ¡ay! una respuesta definitiva. Retté podría organizar una subscripción en *"La Plumme"*.

Cordialmente,
STUART-MERRIL.

La buena voluntad de Stuart-Merril era tanto más desinteresada si tenemos en cuenta que, no escribiendo sino poesías puramente literarias, *"Les Temps Nouveaux"* no reprodujo jamás nada de él, no le hizo nunca ninguna reclame.

En la lista de redactores — en proyecto — se encontraba el nombre de un tal Marc Stephane. Era un joven literato en ciernes, desconocido hasta entonces, que, durante mi detención, había publicado un folleto en el que reclamaba mi liberación. Le conocí personalmente cuando salí de la cárcel. Sin que yo se la pidiera me prometió su colaboración en cuanto le participé mi intención de resucitar *"La Révolte"*.

(1) *Por ventura tengo a mano algunas facturas.*

El No. 5 alcanzó a 18.000 ejemplares: el No. 29 a 12.000. Las otras facturas me faltan.

Pero mientras *"Les Temps Nouveaux"* estaba en gestación, Girard me contó que el buen hombre le había propuesto una asociación de "reclame mutua". Girard le cantaría loas a él mientras este último le haría aspirar el incienso de sus elogios. Esto nos daba la medida de la sinceridad del buen hombre.

En el primer número insertamos una notita previniendo a los lectores que "para no parecernos a esos grupos de adoración mutua, demasiado numerosos, nos limitaríamos, en el diario, a anunciar las obras de los colaboradores, sin apreciación".

Marc Stephane me escribió que no contara con él como colaborador. "Nuestro diario era demasiado doctrinario. Por otra parte, él no lo leía".

Desde la época de *"La Révolte"* los artículos no se firmaban. Todo lo que se publicaba, lo era bajo la responsabilidad colectiva de la redacción. Sólo a título de discusión se insertaban artículos interesantes firmados, pero esto se hacía apartándonos de la línea de conducta que nos habíamos fijado.

Como nuestra ideología se había difundido ya no era necesario mantener esta actitud. En el nuevo periódico los artículos se firmarían, asumiendo cada uno la responsabilidad de lo que escribía. He ahí por qué creí poder solicitar la colaboración de los literatos que simpatizaban con las ideas.

Antes los arrestos conocí a un médico llamado Longo. Ejercía en Montmartre, donde tenía su clientela. Por otra parte, estaba al servicio como médico, de una o dos sociedades.

Había conocido el periódico por medio de Luce. ¿Sincero? No dejaba lugar a duda alguna. Inteligente, además, manifestaba sin cumplidos, me decía, sus opiniones entre sus clientes.

Vino a verme cuando salí de Clairveaux, pero fué para anunciarme que había cambiado de ideas.

* * *

Antes de los arrestos conocía a un médico llamado Longo. Ejercía en Montmartre, donde tenía su clientela. Por otra parte, estaba al servicio como médico de una o dos sociedades.

Había conocido el periódico por medio de Luce. ¿Sincero? No dejaba lugar a duda alguna. Inteligente, además, manifestaba sin cumplidos, me decía, sus opiniones entre sus clientes.

Vino a verme cuando salí de Clairveaux, pero fué para anunciarme que había cambiado de ideas.

—Usted me conoció como anarquista; creo un deber venir a decirle que ahora soy creyente... — Y después de una pausa: — ¿A qué atribuye usted mi conversión?

—A una falla del cerebro, simplemente. — Y los dos nos echamos a reír.

¿Una falla del cerebro? Eso se dice pronto. ¿No es un tanto arbitraria su conclusión?

—Razonemos un poco. Usted es inteligente. Usted no puede haber aceptado las primeras razones que le presentaron para convertirle. La existencia de dios implica la existencia del alma. Ahora bien, dónde usted, que es médico, ha encontrado alguna vez el alma bajo el bisturí cuando disecaba los cadáveres?

—Oh, pero esta es una razón de fe.

—¡Una cuestión de fe! Es inútil discutir. Me atengo, entonces, a mi opinión.

Poco a poco me contó que una vez, hallándose desocupado, entró en la pequeña iglesia de San Pedro, en Montmartre. Había allí un sacerdote que predicaba. Se puso a escucharle.

Sorprendido por lo que oyó, atrapó al sacerdote cuando éste hubo terminado, para pedirle algunas explicaciones.

El sacerdote, viendo que era una buena oveja para atraer al redil — no es esta la expresión empleada por Longo — y como no se sintiera fuerte para semejante tarea le envió a los padres jesuítas.

Estos supieron manejarlo tan bien — soy siempre yo el que traduzco — que Longo fué convertido. Y ahora era católico militante.

—Tenía una querida, casada con otro — agregó — a la que estaba muy vinculo rompí con ella para ser consecuente con mi nueva fe.

El hombre era sincero. No había lugar a dudas. Como último adiós le dije: no desespero de verle terminar en un hábito.

Y en efecto, ¿a quién vi llegar algún tiempo después? — el diario estaba en-

tonces en la rue Broca; — a ningún otro que a Mons. Longo metido en un hábito de franciscano.

Me dijo que, habiendo hecho voto de pobreza, no tenía nunca un centavo encima. Si iba a predicar a alguna parroquia, en el campo, se le daba el boleto de ferrocarril. En París, si encontraba alguno de sus antiguos amigos y le preguntaban si quería algo:

—Cómprame un número de *"Les Temps Nouveaux"* — les decía. — Sí — me decía — tiempo atrás estaba lejos de pensar que llevaría este hábito. Mi casa, en Montmartre, daba a un jardín de una casa vecina, perteneciente a unos monjes. Mi sirvienta muchas veces me llamaba para mostrármelos.

—Eh, déjame en paz con esos pollerudos — le decía. — Son unos holgazanes.

No había llegado a ser metodista. Lo que no se puede negar es que había conservado todo su vigor de lenguaje.

Todo lo que saqué en limpio de nuestras conversaciones es que, en fin de cuentas, lo que había decidido su conversión "era la realización de las profecías de la Biblia, demostrándole con ello que era un libro revelado". ¡Y era un hombre inteligente!

En otra visita discutió con vigor con varios camaradas que se hallaban en la oficina.

Nos dijo que su orden, siempre en razón del voto de pobreza, había confiado el manejo de sus bienes temporales a un laico.

Este se alzó con el santo y la moneda.

Estuve muchos años sin saber nada de él, cuando un día se llegó a mí un abate, cuyo nombre he olvidado. Me dijo que iba a comenzar a escribir una historia del padre Longo. Nuestro ex anarquista se había enrolado en los Padres blancos, del cardenal Lavigerie. Había muerto en Africa. El abate venía a preguntarme si podía suministrarle los artículos que Longo debió haber escrito para el periódico y si conocía algunas particularidades que pudiesen incluirse en su libro.

Prescindiendo de una carta o dos publicadas en el periódico, Longo no había escrito nunca nada. No conocía nada digno de mencionar.

Como el abate me hablara de Retté, le dije que, así como creía en la sinceridad de Longo, tenía mis dudas sobre la vocación de Retté. Intervino su nombre en la conversación, debido al libro que acababa de publicar: *"Du Diable a Dieu"*.

No he leído su libro — que el abate prometió enviarme y no me envió — y me pregunto si cuenta en él que, cuando percibía algún dinero, se embriaga escandalosamente mientras su mujer reventaba de trabajo para mantener el hogar!

* * *

No voy a narrar aquí la serie de atentados que tuvieron lugar en España desde 1892. Atentados motivados por la ferocidad del general gobernador de Montjuich. Ya no recuerdo los detalles. Por otra parte, no tengo la pretensión de escribir la historia de ese período, sino solamente traer a colación algunos acontecimientos en los que estuve mezclado. Me había llegado, durante mi detención, una enorme correspondencia de España, cuyo valor no pude apreciar por momento, debido a mi ignorancia del español, y había quedado metida en un cajón de la mesa que me servía de escritorio.

Habiendo encontrado, por fin, un camarada que quiso encargarse de la traducción, supe que eran cartas de compañeros españoles detenidos a continuación de los acontecimientos del Liceo, encerrados en Montjuich y torturados para arrancarles la confesión de una participación en el mencionado atentado, participación que sólo existía en la voluntad de los jueces de encontrar víctimas a quienes castigar.

Compresión del cráneo por medio de cuerdas mojadas, torsión de los testículos, régimen de pescados salados, sin nada qué beber. Después de algún tiempo de esta alimentación se les llevaba ante el juez, quien les ofrecía botellas de agua fresca y límpida a cambio de la confesión. Otras veces se les llevaba en plena mar, donde se les sumergía hasta la sofocación. En fin, todos los horrores que podía inventar el espíritu más sádico, digno de ese país de inquisición.

Comencé en seguida su publicación. Ocupé varios números. Severine escribió algunos artículos acerca de ello. Poco a poco la prensa burguesa trató el asunto. Rochefort inició una verdadera campaña. La mayor parte, excepto Severine, se guardó muy bien de citar a *"Les Temps Nouveaux"* que había sido la primera en ocuparse del asunto y de donde habían sacado sus informaciones.

En realidad esto tenía poca importancia. Lo esencial fué que la campaña se llevó a cabo. Y lo fué tan bien, que el gobierno español se vió forzado a soltar a sus prisioneros, algunos de los cuales estaban estropeados a causa de las torturas sufridas.

* * *

Había escogido a Girard para que me ayudase. Entre los dos hacíamos lo que podíamos.

A pesar de la defección de los literatos, no escaseaban los artículos interesantes. Llegaban de todas partes. Tuvimos colaboradores inesperados. Algunos hicieron carrera después. Como Metin, que llegó a ministro del trabajo. Otro alcanzó a ser jefe de oficina del gabinete de un ministro de guerra, y algunos más de menor importancia.

En una discusión que tuve con Georges Valois, éste me escribió que, en otros tiempos, había colaborado en *"Les Temps Nouveaux"*. ¿Bajo qué seudónimo? No lo mencionaba. Más tarde supe su verdadero apellido, pero si alguna vez fué anarquista, no ha colaborado en *"Les Temps Nouveaux"*.

Un día fué un capitán de infantería el que se llegó a la puerta de la oficina. Era el único lector de *"Les Temps Nouveaux"* en la aldehuela de provincia donde estaba de servicio. Hijo de un coronel, se había educado para ser militar. Le sedujo al principio esa carrera, pero disgustado, al fin, del oficio, solicitó una licencia ilimitada, para tratar de crearse una situaciónu en la vida civil, lo que no logró. Teniendo que sostener una familia — no podía casarse con la mujer con la cual vivía, pues le era imposible reunir la dote exigida por los reglamentos — debió, a pesar suyo, endosarse otra vez el uniforme. Iba, en ese momento, a la Residencia, donde conocía al jefe de la Casa Militar.

Nos envío una serie de artículos sobre el ejército, bajo el seudónimo de Marcel Suzach. Después no supe más nada de él.

Otro día vino un subteniente de la administración. El también estaba asqueado del oficio. Estimulado por la promesa de los galones había cometido la necedad de engancharse otra vez. Sólo tenía un anhelo: zafarse. Le perdí de vista, como al anterior.

* * *

Teníamos bastante lectores y abonados. Hasta en los puntos más inesperados. Algunos gobiernos de la América del Sur y Central nos enviaban su "Boletín Oficial" en cambio de nuestro periódico. Un ministro de instrucción pública de Guatemala nos pidió que le indicáramos algunos buenos folletos anticlericales.

En nuestros anaqueles no había folletos anticlericales, pero le indiqué una multitud de obras, en las que podría hacer una amplia cosecha de textos capaces de servir de buenos opúsculos de propaganda anticlerical. Ignoro si siguió mi consejo.

Me han contado que Malatesta, cuando estuvo en la Tierra del Fuego, lo primero que vió al entrar en una choza fué un número de *"Révolte"*.

Mi sueño hubiera sido tener, en cada país, un corresponsal que nos tuviera al corriente del movimiento de su región. Claro está que teníamos los periódicos que recibíamos como canje de los que podíamos sacar algunas informaciones. Cosa que hacíamos cuando había un camarada que se encargara de la traducción. Pero tengo para mí que valían más las informaciones recibidas por alguien que se encontrara en el país.

No pude realizar nunca enteramente este sueño: tener corresponsales regulares. Después de un tiempo más o menos corto — casi siempre porque el camarada abandonaba el país — nos encontrábamos momentáneamente sin corresponsal.

A pesar de estas lagunas, la colección del *"Révolté"*, de *"La Révolte"* y de *"Les Temps Nouveaux"* es rica en informaciones sobre el movimiento social internacional. Porque hombres de buena voluntad no faltaron nunca. Había siempre, después de un intervalo más o menos largo, un camarada que reemplazaba al ausente. Lo esencial es que, de una u otra manera, las informaciones llegaban.

Por otra parte, siempre que se trataba de luchar contra un abuso de poder los camaradas de los otros países se habían acostumbrado a dirigirse a nosotros para llevar a cabo la campaña consiguiente. De modo que, aunque no tuviéramos corresponsales regulares lográbamos estar al corriente de lo que pasaba en el mundo.

Otro de mis ensueños, que tuvo aun menos probabilidades de realización que el anterior, fué el de llegar a establecer el periódico de manera que pudiera vivir de la venta y de los abonados. No lo logramos nunca. En los períodos más prósperos teníamos de tres a cuatro mil francos de déficit.

En los períodos de crisis éste era mayor aun. Pero esto merece un capítulo aparte, que el lector encontrará al fin del volumen.

MAX NETTLAU (1)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

I

El 13 de marzo de 1926 se cumplió un cuarto de siglo desde la muerte, en 1901, de *Fernand Pelloutier*, a la edad de treinta y tres años; en su lugar tenemos ante nosotros lo que en cierto aspecto fué creación suya, el *sindicalismo francés*. Sería una especulación ociosa el querer sondear cómo se encontraría éste si Pelloutier, mortalmente enfermo ya en los años de su actividad incesante, hubiese vivido más tiempo, si viviese aún; pues tampoco él habría podido ni modificar la evolución general ni podido ni querido imprimir continuamente su sello a un movimiento creciente. Tal cosa la consiguió al parecer *Samuel Gompers*, que permaneció realmente más de una generación al frente de su *American Federation of Labor*, fundamentada formal y materialmente de un modo más rico y sólido de lo que lo estuvieron jamás las organizaciones francesas. Lo consigue también *León Jouhaux*, que está desde tiempo inmemorial a la cabeza de la C. G. T. de Francia y vió caer en trozos la obra de Pelloutier, pero quedó en pie él mismo. Ni la naturaleza despótica del uno, ni la naturaleza de veleta del otro eran propias de Pelloutier, y tal dominación permanente le habría sido insoportable a él mismo en primer lugar, porque testimonia la incomprensión de los que se someten a ella. Pelloutier, sin su enfermedad, habría sido consumido probablemente pronto en la lucha menuda, o se habría abierto con su mirada clara, con su mano segura y su carácter firme una salida; habría creado algo nuevo, habría encontrado una solución a las grandes dificultades, lo que no pudieron hacer los que le sucedieron. Por tanto, lo que su talento habría podido realizar aun de nuevo, se perdió, y esa fué una gran pérdida.

Lo que hizo fué bastante grande: realizó para su tiempo lo que no se había conseguido nunca antes de él y lo que sus sucesores no fueron capaces de mantener enteramente en su espíritu y de edificar indestructiblemente — una agrupación de los trabajadores franceses de sentimientos sociales en la más amplia proporción, sobre la base de los intereses económicos comunes a todos, de la lucha contra el capital, para la realización de esa lucha por su solidaridad firmemente fundada y todos los medios de lucha que resultan de ahí en el vasto campo del trabajo, en donde el obrero — *si quiere* — puede serlo *todo*, y el propietario nominal, el capitalista, — *si el trabajador no le rinde más tributo* —, puede, debe y tiene que convertirse de un golpe en *nada*, en polvo. Asociar en nombre de ese objetivo a los trabajadores de un país, nos parece muy simple y evidente, pero tropieza, como se sabe, con las más formidables dificultades en todas partes, cuyas razones comunes están en la gran diferenciación efectiva de los trabajadores tanto como en la mentalidad atrasada de las partes que permanecen bajo la influencia reaccionaria, y también en la diversidad de los puntos de vista políticos y socialistas de las partes siempre crecientes con mentalidad más avanzada. Ambos factores fueron hasta hoy obstáculos a una asociación efectiva, aunque sea en un dominio restringido a la comunidad de los intereses del trabajo frente al capital parasitario. Pelloutier pudo, más que ningún otro, acercarse a ese objetivo: en eso está su gran significado, para cuya comprensión parece conveniente un análisis de las condiciones obreras francesas encontradas por él.

Sabemos que desde la civilización de la antigüedad clásica, no del todo perdida en algunas partes de Europa, ni siquiera en la más tenebrosa edad media, se continúan aspiraciones corporativas por todos los siglos y, correspondiendo a la agravación creciente de las disidencias sociales con la floración del modo de producción capitalista, se vertieron más y más en dos formas, la de los gremios correspondientes a los intereses de los poseedores, a los que eran integrados forzosamente los obreros, y la de las coaliciones no permitidas, y por tanto secretas, de los trabajadores, que asumieron formas pasajeras o duraderas y algunas veces ventilaron graves conflictos sociales. En Francia fueron éstas las sociedades muy desarrolladas para algunas industrias y que formaron el *compagnonnage*, cuya acción disfrutó de una cierta tolerancia, porque generalmente fueron tan torpes como para rivalizar entre sí y romperse la cabeza en lugar de proceder contra los maestros, los patrones; relativamente a otros oficios no estamos suficientemente informados; a eso se agregaron en el siglo XVIII grandes masas obreras de la industria inicial con maquinaria, al principio desorganizadas, intensivamente explotadas y en la mayor miseria.

Cuando estalló la revolución francesa, sin duda fuertemente fomentada por los campesinos desesperados y los obreros urbanos hambrientos, y convertida en una cosa seria ante la cual no hubo retirada posible, no cayó sin embargo realmente un rastro de poder efectivo en las manos de esas víctimas sociales, sino en manos de la nueva burguesía, y, algo más tarde, en las de los representantes doctrinarios de la omnipotencia del Estado, los terroristas jacobinos. Tanto los primeros, desde 1791, como los últimos en el ejercicio de su dictadura aniquilaron toda posibilidad de coalición de los trabajadores mediante las más absolutas prohibiciones, enmascaradas tanto con la protección de la libertad (la protección del individuo contra una asociación de varios) o con la protección del Estado (el Estado perjudicado en su monopolio por toda asociación particular de los ciudadanos, "un Estado en el Estado"). Así, por muchos años, — pues hasta 1864 no existió ningún derecho continental de asociación, — fueron protegidos legalmente la bur-

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

XVIII

Así como los hombres sienten la necesidad ineludible de alimentarse, sienten igualmente la necesidad de ayudarse mutuamente, vivir en sociedad, manteniéndose recíprocamente. "Evitad la rivalidad —, escribía Pedro Kropotkín —, es siempre funesta para la especie y tenéis muchos medios de evitarla. Esta es la tendencia de la naturaleza, aunque no siempre cumplida íntegramente, pero que le es inherente siempre. Es el lema que nos llega de los matorrales, los bosques, ríos y océanos. Unios; practicad la ayuda mutua. Representa el medio más eficaz para obtener la mayor seguridad para cada uno por separado y para todos en conjunto; es la mejor garantía para la existencia y el progreso, físico, intelectual y moral". "He ahí lo que nos enseña la naturaleza y ésta su enseñanza fué atendida por todos los animales que alcanzaron el nivel más alto en sus clases correspondientes. El hombre — el hombre primitivo — obedeció también este mandato de la naturaleza, y gracias únicamente a ésta condición llegó al estado en que nos encontramos ahora". "En realidad el apoyo mutuo es para toda clase de animales no únicamente el más eficaz en sus luchas por la existencia contra las fuerzas hostiles de la naturaleza y otras especies enemigas, sino que es también el arma principal de la evolución progresiva. Asegura aún a los animales más débiles, la longevidad (y, por consiguiente, la acumulación de experiencia), la conservación de la especie y el progreso intelectual. Gracias al apoyo mutuo, las especies animales que lo practican más que otras, no tan solo gozan de mayor longevidad, sino que se destacan también, cada una en su clase, (insectos, aves, mamíferos), por la seguridad de su estructura física e intelectual."

El sabio ruso Kesler, antes de ésto había indicado que "para el desorrollo progresivo de las especies tiene mucho más importancia la ley de apoyo mutuo que la de la lucha mutua". (por el libro de Kroptkín).

A éste le precedió en los años 1860-70 un célebre biólogo (anarquista a la vez) N. D. Nojin quien escribió: "los organismos no luchan entre sí por la existencia, sino que tienden por decir así, a vincular sus fuerzas afines, sus intereses, resultando de ello en vez de división del trabajo, una colaboración mutua". (N. D. Nojin, cito por el artículo de Bogdanovich).

"El instinto materno, como se reconoce generalmente — dice el profesor J. G. Orchanskỳ — es la raíz fundamental de la que brotó todo el árbol de las emociones altruistas superiores." No nos cabe duda que éste árbol tiene otras raíces más, pero es indiscutible que el sentimiento materno influye grandemente en el desarollo de los sentimientos altruistas. La criatura es una parte del organismo materno, inseparable al principio de él y es imposible no amar una parte de sí mismo, no tratar de preservarlo del dolor y de la desdicha. Y desde el momento en que aparece el sentimiento de simpatía hacia un ser humano, puede, éste sentimiento extenderse a otros seres semejantes, y bajo ciertas condiciones se extienden".

La solidaridad es en gran parte, resultado de comunidad de origen. La comunidad de origen, identidad de la estructura física y psíquica, "la identidad de los sistemas nervioso y muscular, escribía J. B. Bogoslovsky, permite comprender a los congéneres por reflejo", y es común en los seres vivos obrar solidariamente. La solidaridad es lo que consolida la convicción humana y no permite, a pesar de la discordia que en ella introduce la autoridad, que se disgregue en partículas ínfimas, no le permite convertirse en polvo. La cooperación y la ayuda mutua es lo que une a la humanidad."

Los hombres primitivos, nuestros lejanos antepasados, de cuyo modo de vivir nos da una idea la vida de las tribus salvajes de nuestros tiempos, distinguíanse por los sentimientos de simpatía y benevolencia... "El estadío comunal en la evolución de los pueblos caracterizándose especialmente por los mutuos sentimientos de bondad entre los miembros de una misma comunidad — dice J. B. Bogoslovsky — debía crear y creó efectivamente aquellas sanciones de la conducta, cuya omisión conduce necesariamente a la disolución de la sociedad". La unión, la cooperación creó, crea y creará siempre y en todas partes condiciones favorables para la existencia. Es de esta facultad vitalizadora que la mortífera autoridad del Estado carece en absoluto.

La historia, la antropología y la biología — dice J. B. Bogoslovsky— nos demuestran claramente esta verdad: la vida individual, débil como es, ha vencido en el proceso de la evolución, resistencias enormes por parte de agente físicos (y de otros) oponiéndoles el número, la masa y creando, de este modo, nuevas condiciones favorables a la existencia y al desarrollo sucesivo".

La unión representa por la cooperación
La unión representada por la cooperación y la ayuda mutua, elevó a la humanidad y la conducirá, finalmente, a la felicidad.

La historia de la humanidad nos dice que el hombre normal, cuyas facultades no están enteramente atrofiados por la actividad explotadora, ni agotadas por el parasitismo, tiende a ayudar a sus semejantes. Esta tendencia emana de la ley natural, por la cual es la ayuda mutua dentro de los límites de la especie, y a veces de varias especies, un poderoso factor de creación de una vida mejor, tanto para la especie, como para las unidades que la componen.

Los hombres tienen la virtud de beneficiarse de todos los medios de actividad que pueden mejorar su vida (así como la planta tiene la virtud de orientarse hacia el sol) y la ayuda mutua determina en gran parte la actividad del hombre. Sobre la ayuda mutua se asienta y se fortifica la sociedad humana. La ayuda mutua es una actividad que tiende a colocar a otro miembro de la misma especie en una situación mejor de la que se encuentra, tiende a acercarlo a la situación del que lo ayuda (alimento al hambriento para que quede satisfecho como lo estoy yo, y después este hombre me salva cuando me estoy ahogando, me coloca en la situación del que se encuentra en tierra). Es, en resumidas cuentas, desde que cada miembro de la especie busca de ayudar a otro miembro, la ayuda mutua el camino hacia ya igualdad total.

Aspiramos a la igualdad y no a la uniformidad. Es necesario que cada hombre satisfaga ampliamente sus necesidades, no importando que un hombre adulto o de más estatura se coma más pan o consuma más paño en la confección de su ropa que un niño o un hombre de baja estatura.

El pudor es una de las formas de la dignidad personal. — PROUDHON

Los que aplauden el mal son peores y mucho más culpables que los que lo cometen. — GRIMM.

No es dar prueba de valor, el hecho de poseer la vida y despreciarla, sino hacer frente a las grandes desgracias sin amilanarse, ni renunciar a una lucha de la cual saldremos fortalecidos.

SÉNECA

RUDOLF ROCKER

LA MALDICION DEL PRACTICISMO

EDITORIAL "LA PROTESTA"
Buenos Aires 1926

PRECIO 10 CENTAVOS

guesía y el Estado contra las agrupaciones obreras, y todo lo que se hizo en ese dominio fué obligado a aparecer tan incoloro que se le toleró como inofensivo, o tuvo que hacerse clandestinamente, o hubo conflictos, persecuciones que trabaron tóda expansión real de la asociación obrera.

En Inglaterra hubo una prohibición idéntica contra la agrupación; pero el enorme desenvolvimiento del modo de producción capitalista reunió también las masas obreras y éstas se organizaron victoriosamente a pesar de todas las restricciones y salieron a la luz pública como la inaprensible y poderosa masa de las *Trade Unions*. En Francia no fué así, en parte porque el capitalismo no se desarrolló con tal vigor como en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX a la categoría de gran industria, en parte porque los fines políticos (la república) y las ideas sociales (las diversas tendencias socialistas) absorbieron los elementos combativos de las masas obreras y los acercaron más bien a los elementos de la burguesía que perseguían los mismos fines, la *república* y el *socialismo*, que con las masas indiferentes, en ese dominio, de sus compañeros de trabajo. Lo que sin embargo se hizo para la organización obrera fué incitado naturalmente por socialistas o por afines al socialismo y por eso mismo fué nuevamente aislado, es decir, apareció inseparable del socialismo y no fué estimado por los trabajadores no interesados en el socialismo.

Llegaron los ensayos de *Agricol Perdiguier* para reconciliar las tendencias hostiles del *Compagnonnage* y, en general, ensayos para federar tales organizaciones; hubo el gran proyecto de *Flora Tristán* de una *Union ouvriére* que lo abarcase todo; hubo las diversas aspiraciones asociativas que se expresaron en los periódicos obreros *La Ruche populaire* (La colmena del pueblo), *L'Union*, *L'Atelier*, desde fines de la década 1830-40, e innumerables otros estímulos y ensayos de agrupación social de los trabajadores, pero a quienes se les imposibilitó por las leyes toda organización efectiva de masas e igualmente la más sencilla cooperación temporal en caso de huelga. Así quedó todo en la propaganda literaria general, en ensayos aislados de cooperación y sociedades secretas, pero en las cuales los fines republicanos y social-revolucionarios estaban en primera línea.

A pesar de que no pudo hablarse de un verdadero partido obrero y de organizaciones sindicales antes de 1848 y de que hasta el socialismo teórico de 1840-50 se estancó, la cuestión obrera estuvo sin embargo en primera línea breve tiempo después de la revolución de febrero de 1848, pero fué relegada muy pronto y de modo trágico a un plano secundario. Se arrojó a los obreros, para apaciguarles, las deliberaciones sin fin de la *comisión del Luxembourg*, se intentó regimentarlos en los llamados *talleres nacionales* y cuando comenzaron a considerar todo eso como burla y escarnio, fueron sangrientamente sacrificados en grandes masas en las calles de París durante las jornadas de junio de 1848 o fueron hechos prisioneros y deportados. Todo esto llevó al poder el bonapartismo ya en diciembre de 1842, que mortificó luego tanto a obreros y republicanos durante años que su próximo degüello definitivo de la república, el 2 de diciembre de 1851, fué su consecuencia natural. Los trabajadores derrocharon sus fuerzas en centenares de asociaciones productivas, a las que puso fin la reacción bonapartista, tras breve floración, y algunos ensayos socialistas de agrupación general de los trabajadores, como la *Unión des Associations ouvriéres* (1849), que quería formar una *Chambre de travail* (consistente en tres delegados de cada oficio), etc. — las conocidas mujeres socialistas, *Pauline Rolland*, *Jeanne Deroin* y otras tomaron una parte principal en esto —, terminaron con opresiones y persecuciones. Aquella sociedad fué seguida en 1859 de la *Société de la presse du travail* con fines idénticos: el golpe de Estado de diciembre de 1851, como se sabe, trajo consigo muchos años de las más absolutas interrupciones de todas esas aspiraciones, mientras que naturalmente al fin se despertó en muchos la comprensión del valor y la necesidad de la organización obrera, al principio todavía impotente para exteriorizarse, pero en busca de una expresión que halló finalmente a comienzos de la década de 1860-70.

El imperio de Napoleón III, que sin embargo fué sentido como una usurpación temporal — lo mismo que la usurpación actual de Lenin y sus sucesores, de Mussolini y otros, — trató pronto de procurarse una larga vida por medio del fomento del enriquecimiento de la burguesía, por el clericalismo, por las guerras y la adquisición de tierras, pronto también por el obrerismo aparente y últimamente hasta por un pseudo-liberalismo. Eso hizo posible una cierta agrupación de obreros en su mayor parte jóvenes, agrupación de éxito muy rápido y fomentada en silencio intensamente por republicanos, proudhonianos, positivistas y antiguos socialistas; los obreros así agrupados concibieron idéntica reunión de grandes masas, como la de las *Trade Unions*, que existían ya entonces en plena luz del día. Tuvieron lugar los conocidos viajes a Londres, desde 1862, que condujeron el 28 de septiembre de 1864 a la fundación pública de la *Asociación Internacional de los Trabajadores* en Londres, cuyo objetivo inmediato debía ser la agrupación de los obreros de todos los países cuyos intereses son los mismos frente a sus explotadores, que son entre sí compañeros y hermanos y cuyos enemigos son los mismos, los capitalistas de todas partes.

Muy claramente escribió al respecto, por ejemplo, Bakunin (1871) en el capítulo de un largo manuscrito diversamente impreso, *La política de la Internacional*: "...Pensamos que los fundadores de la Asociación Internacional obraron muy prudentemente al eliminar el principio del programa de esa asociación todas las cuestiones políticas y religiosas. Sin duda no han carecido ellos mismos ni de opiniones políticas ni de opiniones antirreligiosas bien definidas; pero se han abstenido de emitirlas en ese programa, porque su fin principal era unir ante todo a las masas obreras del mundo civilizado